

ESCENA XII.

ISABEL Y UN PAJE.

ISABEL.—Vuelves sólo... ¿En donde están los lores?

EL PAJE.—Lord Leicester y el gran Tesorero...

ISABEL. (Con la mayor impaciencia.)—¿En dónde están?

EL PAJE.—No están en Londres.

ISABEL.—¿Que no?... Pues ¿en dónde?

EL PAJE.—Nadie ha sabido decirme. Antes de romper el día, ambos lores, en secreto y precipitadamente, han abandonado la ciudad.

ISABEL. (Hablando con animación.)—¿Soy la Reina de Inglaterra! (Paseándose muy inquieta.) ¡Vé y llama... no; quédate!... ¿La muerto? Ahora, al fin, vivo tranquila... ¿Por qué tiempo? ¿Por qué siento tan mortal angustia? La tumba encierra ya mis temores. ¿Quién podrá decir que yo lo he hecho? ¡No me faltarán lágrimas para llorar á la que ha succumbido! (Al Paje.) ¿Todavía estás ahí?... Que mi secretario Davison venga aquí al instante. Que se vaya á llamar al Conde de Shrewsbury... ¡vedlo ahí! (Vase el Paje.)

ESCENA XIII.

ISABEL, Y EL CONDE SHREWSBURY.

ISABEL.—¡Bien venido, noble lord! ¿Qué traéis? No será algún motivo insignificante el que os guía aquí tan tarde.

SHREWSBURY.—Mi solícito corazón, ganoso de vuestra gloria, me arrastró hoy á la Torre, en donde Kurl y Nau,

los secretarios de María, están presos. Deseaba cerciorarme de la verdad de sus declaraciones. Confuso y embarazado rehusaba el alcaide de la Torre mi pretensión de examinar á los presos, permitiéndome sólo la entrada, después de amenazarlo... Pero ¿cuál fué ¡Dios mío! el espectáculo que se ofreció á mi vista? Con los cabellos en desorden, y los ojos de un loco, como si las furias lo atormentaran, yacía en su lecho el escocés Kurl... Apenas me conoció el desdichado, se arrojó á mis pies... gritando, abrazando mis rodillas, retorciéndose desesperado como un gusano... y me ruega, y me conjura que le diga cuál ha sido la suerte de su Reina, porque el rumor de su condenación á muerte había penetrado hasta en los calabozos de la Torre. Cuando, con arreglo á la verdad, se lo confirmé, añadiendo que moría á causa de su declaración, se levantó frenético, y cayó de un salto sobre su compañero de cárcel, y lo alzó del suelo con el vigor gigantesco del delirio, empeñado en ahogarlo. Con trabajo pudimos arrancarlo de sus manos furiosas. Entonces desecó su ira contra sí mismo, se desgarró el pecho con rabia, y se maldijo, y á su compañero, con imprecaciones infernales. Su declaración es falsa; las malhadadas cartas á Babington lo son también, á pesar de sus juramentos en contrario, habiendo escrito otras palabras distintas de las que á Reina le dictaba, y por instigación del pérfido Nau. En seguida corrió á la ventana, la arrancó con fuerza sobrehumana, y gritó, reuniendo mucha gente, que él era el secretario de María, que la había acusado falsamente, que era un réprobo y un testigo falso.

ISABEL.—Decis vos mismo que había perdido su razón. Las palabras de un insensato, de un loco, nada prueban.

SHREWSBURY.—¡Pero su locura prueba más! Dejaos, pues, convencer, oh Reina; no os precipitéis, y ordenad que se practiquen nuevas diligencias.

ISABEL.—Lo haré... porque lo deseáis, oh Conde, no por creer que mis pares hayan procedido con ligereza en este asunto. Que, para vuestra tranquilidad, se recomencen los procedimientos... Tiempo es aún, por fortuna... No debe haber sobre nuestro honor de Reina ni la más leve duda.

ESCENA IV.

Los mismos, y DAVISON.

ISABEL.—La sentencia, oh Davison, que os entregué... ¿en dónde está?

DAVISON. (Muy admirado.)—¿La sentencia?

ISABEL.—Que os di ayer, para que la guardaseis...

DAVISON.—¿Para que la guardase?

ISABEL.—El pueblo, amotinado, me obligó á firmarla. Me vi en la precisión de complacerlo, y lo hice á la fuerza; y, por ganar tiempo, puse ese escrito en vuestras manos. Sabéis lo que os he dicho... ¡Ea! ¡Dádmela!

SHREWSBURY.—¿Dádsela, apreciable caballero! Han variado las cosas, y se practicarán nuevas diligencias.

DAVISON.—¿Nuevas diligencias?... ¡Misericordia divina!

ISABEL.—No lo penséis tanto. ¿En dónde está el escrito?

DAVISON. (Desesperado.)—Soy hombre perdido! ¡Mi muerte es segura!

ISABEL. (Interrumpiéndolo con viveza.)—No espero, señor...

DAVISON.—¿No hay salvación para mí! Yo no lo tengo.

ISABEL.—¿Cómo! ¿Qué decís?

SHREWSBURY.—¿Dios del cielo!

DAVISON.—Está en poder de Burleigh... desde ayer.

ISABEL.—¿Desdichado! ¿Así habéis cumplido mis órdenes? ¿No os dije que la guardaseis?

DAVISON.—¿No ordenasteis tal cosa, señora!

ISABEL.—¿Me desmentirás acaso, miserable? ¿Cuándo te encargué que la entregaras á Burleigh?

DAVISON.—Con palabras claras y terminantes... no... pero...

ISABEL.—¡Infame! ¿Osas acaso interpretar mis palabras? ¿Mezclar en ellas tu instinto sanguinario?... ¡Ay de tí, si resulta alguna desgracia de ese hecho, exclusivamente tuyo, porque me lo pagarás con la vida. ! Ya veis, Conde Shrewsbury, cómo se abusa de mi nombre.

SHREWSBURY.—Ya veo... ¡Oh! ¡bíos mío!

ISABEL.—¿Qué decís?

SHREWSBURY.—Si ese escudero, bajo su responsabilidad, ha osado cometer esa acción, y obrar sin vuestro conocimiento, merece ser llevado ante el tribunal de los Parcs, por el delito de haber entregado vuestro nombre á la execración de todos los siglos.

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos; BURLEIGH, y al fin KENT.

BURLEIGH. (Doblando una rodilla ante la Reina.)—¡Viva largos años mi Soberana, y ojalá que todos los enemigos de esta isla perezcan como esa Estuardo! (Shrewsbury se cubre el rostro, y Davison se tuerce las manos desesperado.)

ISABEL.—¡Decid, milord! ¿Recibisteis de mis manos la orden de la ejecución del suplicio?

BURLEIGH.—¿No, señora! La recibí de Davison.

ISABEL.—¿Os la entregó Davison en mi nombre?

BURLEIGH.—¿No! No lo hizo...

ISABEL.—¿Y la cumplisteis inmediatamente,

farme? La sentencia era justa, y el mundo no podrá censurarnos; pero no os convenía sobreponeros á la bondad de nuestro corazón... Por tanto, desde ahora estáis desterrado de nuestra presencia. (A Davison.) Os aguarda una justicia severa, por haber abusado criminalmente de vuestro cargo y de un depósito sagrado, que se os había confiado... ¡Mi noble Talbot! Sólo vos aparecéis justo entre mis consejeros. Seréis en adelante mi guía y mi amigo...

SHREWSBURY.—No desterréis así á vuestros fieles servidores; no los llevéis á la cárcel, porque por vos obraron, y por vos se callan ahora... Permitidme, gran Reina, que devuelva á vuestras manos el sello, que, por espacio de doce años, me habéis confiado.

ISABEL. (Sorprendida.)—¡No, Shrewsbury! No me abandonaréis ahora, ahora que...

SHREWSBURY.—Perdonad; soy demasiado viejo, y esta mano derecha carece de la flexibilidad necesaria para sellar vuestros últimos actos.

ISABEL.—¿Quiere dejarme el hombre que me salvó la vida?

SHREWSBURY.—Poco he hecho... No he podido salvar la parte más noble de vos misma. ¡Vivid; reinad dichosa! Vuestra rival ha muerto. Desde ahora en adelante, nada tenéis ya que temer, nada que respetar. (Vase.)

ISABEL. (Al Conde de Kent, que entra.)—¡Que venga el Conde de Leicester!

KENT.—Ruega á la Reina que lo excuse, porque acaba de embarcarse para Francia. (Ella se contiene, y se muestra tranquila. Cae el telón.)

FIN DE MARÍA ESTUARDO.

ÍNDICE.

	Págs
La desposada de Mesina ó los hermanos enemigos..	5
La doncella de Orleáns.....	109
Guillermo Tell.....	241
María Estuardo.....	323

